

INTRODUCCIÓN A LENGUAJE Y VALOR EN LA LITERATURA MEDIEVAL ESPAÑOLA

CARMEN BENITO-VESSELS¹

La noción de valor suele vincularse con el dinero o con el lenguaje, que son dos abstracciones, pero la real o irreal existencia de capital, el valor fiduciario del mismo, y los complicados mecanismos del mercado monetario son, al igual que el significado de las palabras, convenciones arbitrarias y metafóricas. La similaridad en el proceso de atribución de valor al lenguaje y al dinero es tan estrecha que Marc Shell acuñó la expresión dinero de la mente para referirse al valor de aquella propiedad del hombre². Tanto el lenguaje como el dinero son artefactos a los que el ser humano les ha concedido atribución social y poder adquisitivo tangible; pero algunos de los usufructos conseguidos a través de la lengua son de naturaleza inmaterial, como, por ejemplo, la reputación, el conocimiento, el pensamiento y las ideas. Y, puesto que con la palabra logramos el intercambio de una cosa por otra o de una idea por otra, también podemos

¹ ANLE. Catedrática de Estudios Medievales e Historia de la Lengua en la Universidad de Maryland, College Park. Obtuvo su doctorado en la Universidad de California-Santa Bárbara. Ha publicado, entre otras obras, *Juan Manuel: Escritura y recreación de la Historia* (1994), *La palabra en el tiempo de las letras. Una historia heterodoxa* (2007), y recientemente *Lenguaje y valor en la literatura medieval española* (2013), libro al que pertenece esta Introducción que hoy publicamos.

² En este libro me referiré al lenguaje como dinero de la mente siguiendo la definición que Marc Shell dio en *Money, Language, and Thought* (Berkeley: University of California Press, 1982) y que elaboró también en *The Economy of Literature* (Baltimore: Johns Hopkins UP, 1978).

afirmar que el lucro y la permuta son dos de los valores comunes al dinero y al lenguaje.

Los hablantes expresamos el valor de las cosas y de las ideas a través de signos con los que establecemos una relación cuantitativa entre dos o más elementos; y el lenguaje, en cuanto sistema de signos, es uno de los cauces principales para formular y determinar el concepto de valor. Recordemos además que el ser humano es inseparable del lenguaje, y que su dominio del mismo ha servido para distinguir socialmente a los individuos ya desde la Antigüedad, periodo en el que el habla y el hombre eran concebidos como *logos*, y cuando se consideraba que la lengua era depositaria de la memoria colectiva del *logos*, celadora de las ideas y protectora de los valores sociales. Más próximo a nuestros días, Pierre Bourdieu ha establecido otra relación de valor entre lengua, dinero, relaciones sociales y sistema político; en su opinión, las lenguas, al igual que las monedas, pueden revalorarse o devaluarse³. Y así, cuando un país plurilingüe elige a una de sus lenguas como idioma nacional, todas las otras lenguas del mismo son automáticamente devaluadas. En consecuencia, toda política de unificación lingüística privilegia a los hablantes de la *lengua nacional* y subordina a los hablantes de las otras lenguas del país (Bourdieu 6); para Bourdieu, las relaciones lingüísticas son similares a las relaciones económicas: el hablante tiene que desarrollar sus hábitos y expresiones lingüísticas con mecanismos propios de una economía de mercado y, para triunfar, ha de ser capaz de producir expresiones “de alto valor” (18).

Aunque todo sistema lingüístico sirve para establecer criterios de valor, las causas que producen los cambios de valor del lenguaje son muy diversas, de difícil explicación o incluso inexplicables. Aún así, los efectos de los cambios de valor sí son rastreables a través de la palabra y proporcionan datos empíricos para el estudio de la lengua y la cultura de cualquier época y sociedad. En relación con los cambios y atribución de significado, Mark Johnson ha demostrado que todo concepto abstracto, como es el valor, se articula en torno a metáforas conceptuales (200)⁴. Y Eve Sweetser, en un estudio específico

³ Pierre Bourdieu, *Language and Symbolic Power*, ed. John B. Thompson, trad. Gino Raymond y Matthew Adamson (Cambridge: Harvard University Press, 1991).

⁴ Mark Johnson, *The Meaning of the Body* (Chicago: University of Chicago Press, 2007). El término “metáforas conceptuales” fue acuñado por George Lakoff,

sobre este tema, documenta algunas de las metáforas conceptuales que explican cambios de significado de las palabras⁵. En su teoría, Mark Johnson relaciona el significado de las palabras con el componente físico del cuerpo humano –teoría que, como veremos, es aplicable al estudio del valor– “¿Qué es exactamente “significado?””, se pregunta Mark Johnson, y “¿qué es exactamente valor?”, pregunto yo. La respuesta de Johnson, que aquí adapto y traduzco, es aplicable a ambas preguntas: Aisladamente, ninguna cosa, precepto o cualidad tiene significado o valor en sí misma. Las cosas, cualidades, acontecimientos y símbolos tienen significado o valor para nosotros por cómo conectan con otros aspectos de nuestra experiencia real o posible. El significado y el valor son *relacionales* e instrumentales⁶.

Las clases sociales se identifican con su forma de hablar y de vestir o con su estatus económico y su vivienda; lo cual favorece la transferencia metonímica de la clase social del hablante a la clase social del lenguaje y así nos referimos a lenguaje popular, vulgar, culto, eclesiástico, nobiliario, jurídico, etc. Lo mismo que en la Antigüedad, en la Edad Media española se percibió que la correspondencia entre la clase social del individuo, su apariencia física y su forma de hablar era una correlación natural que requería un equilibrio; idea que encontramos magníficamente formulada en *Bocados de oro*, donde se dice: “E cató a un ome que vistíe nobles paños e errava en su palabra, e dixole: O fabla con palabra que semeje a tus paños, o viste paños que semejen a tus palabras” (Crombach 36).

En nuestros días, nos referimos al desarrollo de la lengua en términos morfofonológicos y sintácticos pero, como nos recuerda

quien afirmó que estas pueden utilizarse “para estudiar la naturaleza metafórica de los conceptos y *para comprender mejor la naturaleza metafórica de nuestras actividades*” (énfasis mío). Vale decir, la poésis y las metáforas en realidad funcionan como actantes de la vida humana. Metáforas conceptuales o gramaticales son, por ejemplo, “ascender en la profesión”, “tocar fondo” y “quedarse estancado”, todas estas expresiones subsumen la metáfora de la vida como camino dentro del cual el éxito se ubica arriba y el fracaso, abajo.

⁵ Eve Sweetser, *From Etymology to Pragmatics: Metaphorical and Cultural Aspects of Semantic Structure* (Cambridge: Cambridge University Press, 1990)

⁶ “No isolated thing, precept of quality has any meaning in itself. Things, qualities, events and symbols have meaning for us because of how they connect with other aspects of our actual or possible experience. Meaning is relational and instrumental” (Johnson 268).

Leonardo Funes, existe también una diacronía ideológica del español que evoluciona a un ritmo diferente⁷. Como aquí veremos, la diacronía ideológica se define a través de los prototipos lingüístico-ideológicos que nos ofrece la literatura y a través del valor que les otorgamos a los mismos. En español, dichos modelos nacen literariamente en la épica medieval, van unidos a la caballería en el XVI, se desarrollan en la novela y el teatro de los Siglos de Oro y llegan hasta el siglo XXI. La idea filosófica del valor aplicada a la lengua y a los paradigmas lingüísticos es una construcción ideológica que literariamente va unida al concepto de *poiesis* o a la capacidad de *hacer* con la palabra que tiene el *homo loquens*; la cual es una característica que la teología consideraba como cualidad exclusiva de Dios y que, en su atribución metafísica, se relaciona con la magia y el hechizo. Los hablantes de hoy en día hemos perdido la noción de *hacer a través del lenguaje* que estaba implícita en la *poiesis* griega, y, por supuesto, hemos perdido otros conceptos de valor como el de la *apreciatura* que veremos en el *Cantar de mio Cid*, y a través de la cual se le atribuía valor fiduciario a la persona; pero estas pérdidas se producen solo en la recordación de los hablantes y no en la memoria de la lengua, ya que en español continuamos usando expresiones que se apoyan en la *poiesis* y en la *apreciatura*. Cuando decimos “te prometo algo”, la promesa queda hecha; y en frases como “este joven tiene futuro, es un chico que vale mucho”, el hablante efectúa una estimación o *apreciatura* a la usanza cidiana pues vincula el bienestar económico del referente, al que alude el sujeto del enunciado gramatical, con las habilidades personales del mismo.

Aunque la expresión verbal del valor está regida por la gramática, el significado de la palabra “valor” es polisémico y excede con mucho los límites de aquella disciplina. En este libro analizaré algunas de las zonas de intersección semántica del concepto de valor partiendo de la filología en su sentido más amplio; es decir, como el estudio de la lengua en su aspecto histórico y formal, y como base para la interpretación de textos, de sus tradiciones, de las reacciones, creencias y prácticas que tienen sentido para el público medieval y para el lector de nuestro tiempo. Específicamente, lo que aquí vere-

⁷ Leonardo Funes, *Investigación literaria de textos medievales: objeto y práctica* (Buenos Aires: Miño y Dávila, 2009).

mos es una muestra de cambios de valor lingüístico y documental que podemos trazar en textos literarios de la Edad Media española y estos serán analizados a tres niveles: léxico, cultural e histórico.

Hay muchas obras literarias a través de las cuales podríamos trazar un estudio diacrónico del concepto de valor y de la expresión lingüística del mismo en español; sin embargo, en esta monografía me referiré solo a cinco textos medievales: *Cantar de mio Cid*, *Bocados de oro*, *Tractado de amores de Arnalte y Lucenda*, las *Sergas de Esplandián* y la *Estoria de España* –con alusiones parciales a las *Cantigas de Santa María*, al *Libro de las armas* y a una novela alemana contemporánea fundamental para el estudio de Beatriz de Suabia–. En cada una de estas obras se enfatiza un aspecto particular y diferente del valor de la lengua en la Edad Media castellana, y el denominador común de todos los capítulos de este libro es el estudio de la lengua como vehículo de expresión y reflejo de los valores de la Edad Media castellana, pero cada uno de los textos tomado como referencia requiere un enfoque diferente: lingüístico y filosófico para el *Cantar de mio Cid* y *Bocados de oro*; sociológico y económico para las *Sergas de Esplandián*; lingüístico y religioso para el *Tractado de amores de Arnalte y Lucenda*; pragmático e ideológico para la *Estoria de España*; y político y literario para el retrato de Beatriz de Suabia.

En los argumentos sobre el valor que aquí presento, unas veces podemos identificar las causas del cambio de valor y otras veces solo podemos constatar los resultados: en el *Cantar de mio Cid* nos detendremos a analizar el uso de expresiones con valor crematístico y veremos cómo se transfiere dicho valor a la representación de las hazañas del héroe; en *Bocados de oro* detallaré la argumentación a favor del lenguaje que se plantea en dicha obra como el valor supremo del hombre; en el *Tractado de amores de Arnalte y Lucenda* exploraré cómo se relaciona el valor bisémico de la lengua con el estatus social y la idiosincrasia política o religiosa del posible público lector; en las *Sergas de Esplandián* constataremos la intersección de los valores socioculturales atribuidos a la palabra del caballero y veremos cómo interactúan dichos valores dentro y fuera de la literatura; en la *Estoria de España* podremos verificar que la narración, y por tanto el lenguaje, determina la atribución de valor complementario que la sociedad alfonsí le concede a la mujer; y, finalmente, observaremos que en la literatura medieval las alusiones a la vida de Beatriz de Suabia

potencian fundamentalmente el valor derivado de su nombre; los textos referidos a este personaje histórico ejemplifican la equiparación del valor nominal y fiduciario, propio de la economía monetaria, y el potencial valor adquisitivo de la lengua, especialmente de la lengua literaria⁸.

De los seis capítulos de este libro, el primero trata de las distintas aproximaciones históricas a la categoría de valor. Y los cinco ensayos subsiguientes giran en torno a dos grupos temáticos: en el primero de ellos se estudia el valor y su relación con la lengua y la literatura medieval castellana; y en el segundo se estudia la atribución nominal de valor a la persona y la aceptación social de dicho valor en la historia política y en las genealogías regias.

Específicamente, el capítulo uno, titulado “Tanto digo, tanto valgo. Breve recorrido sobre la historia de *valor*”, es un estudio panorámico sobre la evolución y las definiciones del concepto de valor a través de los tiempos, esto nos servirá para destacar la vigencia histórica del estudio del valor asociado al lenguaje. Aquí veremos que la relación del hombre con la lengua y la atribución de valor a la misma tienen justificación histórica e intelectual. Para demostrar este punto, expondré, en primer lugar, unas reflexiones preliminares sobre el concepto de valor y sus acepciones en varias disciplinas: la filología, la economía, la literatura, la filosofía y la lingüística. En segundo lugar, me referiré a los hitos históricos y filosóficos más notorios de la cultura crematística en relación con la lengua. Como sabemos, el hablante piensa en términos del lenguaje pero este no es nunca un producto acabado ni cesa en el proceso de renovación léxica; igualmente, el hablante busca la palabra exacta para que la comunicación sea eficaz al igual que en las transacciones se busca la equiparación entre valor y precio. En tercer lugar, veremos que la ampliación y depuración del léxico son los resultados de una compleja interacción del concepto de

⁸ Agradezco al Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México y a la Università di Salerno, Italia, el permiso para incluir en este libro datos procedentes de dos ensayos míos que fueron publicados por dichas instituciones: “Expresiones crematísticas en el *Poema de Mio Cid*,” *Acta Poética*, Universidad Nacional Autónoma de México, 32 (2011): 233-278 y “Beatrix von Schwaben (1205-1235): Beatrix e Beatriz! La principessa di Svevia che regnò in Castiglia e León”, *Le Signore dei Signori della Storia*, ed. Annamaria Laserra (Roma: Franco Angeli, 2013). 105-117.

valor y de factores sociales, culturales, económicos e históricos; y la poética, que constituye la base de las metáforas conceptuales, denota los valores culturales con los que se vincula la lengua.

En el capítulo dos, “No es oro solo lo que reluce: *Cantar de mio Cid y Bocados de oro*”, veremos la relación entre axiología y lenguaje, lo cual nos servirá para enfatizar que los cambios en la expresión lingüística del valor en castellano reflejan los cambios de la historia del pensamiento, los ajustes económicos y la acuñación de la moneda. El aspecto crematístico del valor y su expresión lingüística serán analizados en dos textos emblemáticos, uno perteneciente a la épica castellana y otro a la literatura doctrinal: *Cantar de mio Cid* y *Bocados de oro*. La creación literaria de mio Cid como personaje y el cambio de la acepción de valor en el paso del guerrero épico al caballero cortesano serán vinculados en este volumen con el concepto de valor del lenguaje en el sentido crematístico referido anteriormente. Como bien observó Pedro Corominas, ya en 1917, es imposible separar al Cid heroico del Cid pragmático y de su deseo de adquirir restitución jurídica, fortuna y buen nombre⁹. Es igualmente imposible separar el valor, el dinero, la lengua y la acuñación de ambos en *Bocados de oro*, obra que clama, ya desde el título, la fuerte filiación entre lengua y valor.

El tercer capítulo de este libro está dedicado a uno de los textos más representativos de la novela o romance sentimental, el *Tractado de amores de Arnalte y Lucenda*, en él veremos el concepto de valor en relación con el uso de la escritura bisémica y, por tanto, con la doble lectura y la exegesis textual practicadas en la España judeocristina de los siglos XV y XVI. En el estudio sobre *Arnalte y Lucenda* planteo que el valor ideológico de lo silenciado en la escritura está relacionado con las metáforas conceptuales y con la judeidad cultural (que, como explico, no es lo mismo que el judaísmo). “Judeidad y bitemia en el *Tractado de amores de Arnalte y Lucenda*” son los tópicos centrales del capítulo homónimo y en él se analiza la construcción de la judeidad a través de la escritura y se ofrecen nuevas pautas de interpretación histórica, literaria y lingüística para esta obra. La judeidad, veremos aquí, se define a través de tópicos que en la España de los

⁹ Pedro Corominas, *El sentimiento de la riqueza en Castilla* (Madrid: Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 1917).

siglos XV y XVI estaban claramente relacionados con el pueblo de Israel y no necesariamente con el judaísmo como religión. El exilio, la fe no declarada, el cautiverio, la prisión de la fe, la soledad, el duelo, el sufrimiento, el *homo errante* y otros tópicos o motivos literarios de la judeidad están entrelazados en *Arnalte y Lucenda* con expresiones lingüísticas que aluden al ocultamiento; y, en la España de aquella época, estas marcas fueron infravaloradas por el idiolecto cristiano y supervaloradas en el episteme judaico. El *Tractado de amores de Arnalte y Lucenda* puede ser leído como un drama de amor no correspondido; pero la bisemia sacroprofana de los elementos que destaco en mi análisis y la dual referencialidad de lo sacro son también una llamada de atención hacia otras formas posibles de estudiar el valor en culturas y lenguas que viven en contacto y que se consolidan en los epígonos de la Edad Media castellana.

“De valor incalculable: *Esplandián*” es el título del cuarto capítulo de este libro, en él trataré de la caballería como uno de los temas centrales del medioevo, y veremos ejemplos concretos de la idea y la expresión lingüística de valor en relación con esta clase social, su literatura y la cultura de la época. A través de las *Sergas de Esplandián*, analizaré la representación de lo maravilloso y las nuevas acepciones de valor, tanto en la novela de caballería como en el cronotopo de su autor, Garci Rodríguez de Montalvo. La representación de lo imaginario y las expresiones referidas al valor y a la virtud en los siglos XV y XVI dieron lugar a multitud de metáforas lingüísticas y conceptuales en castellano; estas habitan en la intersección de lo intraducible del lenguaje y, en *Esplandián*, están supeditadas tanto a la poética como a la *poésis* del castellano. En los ss. XV y XVI, el valor del caballero se definía en relación con el valor de su palabra y esta, en cuanto palabra de honor, era uno de los atributos de la caballerosidad. El concepto de valor-virtud del caballero, tal como había sido concebido en los siglos XII y XIII, cambió sustancialmente a finales del XV y principios del XVI. En la sociedad mercantil y burguesa de comienzos del XVI ya no era apropiado decir que el héroe era de *gran precio* y *gran valor* como se había afirmado del Cid. Para el lector de su tiempo, *Esplandián* es – al igual que sus reyes– discreto, galante, gracioso y gentil y es –como decían los franceses en sus traducciones de *Amadís de Gaula*– modelo de lengua y modelo de caballero.

Los dos últimos capítulos del presente volumen constituyen el segundo grupo temático al que me he referido anteriormente; en el

quinto –“Un valor complementario: la *Estoria de España* y la historia de la mujer”– propongo el estudio de la mujer siguiendo una hipótesis de trabajo que se basa tanto en las huellas de las ausencias, como en los propósitos e ideologías que determinaron la escritura de la historia en el *escriptorio* de Alfonso X. La trayectoria de la representación de la mujer en la *Estoria de España* se plantea en relación con los intereses políticos alfonsíes, lo cual se hace particularmente obvio en los capítulos finales de esta crónica y en las alusiones a doña Berenguela, la abuela paterna del Rey Sabio. La prepotencia de Berenguela ennoblece la genealogía familiar alfonsí y marca definitivamente la historia de la mujer, dentro de las crónicas castellanas, como sujeto con vida y valor propio. A pesar de la escasez de retratos femeninos, y, sobre todo, de retratos femeninos no relacionados con la nobleza, la *Estoria de España* ejemplifica un proceso en el cual se observa el cambio relacionado con la valoración y la representación de la mujer.

En el sexto y último capítulo de este libro –“Un nombre por un imperio: Beatriz de Suabia”– presento un retrato histórico de Beatriz de Suabia, el cual es, que yo sepa, el primero que se ha escrito sobre ella hasta la fecha. Y es que la biografía de Beatriz de Suabia ha sido artificialmente desvinculada de su propio nombre, su vida ha sido perdida en la traducción y en aras del valor político de su filiación. Quizá una de las principales aportaciones de este capítulo es el esclarecimiento de los escasos y muy dispersos datos que tenemos sobre la identidad de Beatriz de Suabia. La inexplicable carencia de documentos históricos sobre su persona me llevó a proseguir mi investigación en textos de ficción histórica, españoles y alemanes. Y gracias a ellos tenemos aquí un primer esbozo histórico de Beatriz de Suabia.

De los datos sobre la lengua y la literatura castellana que nos proporcionan las cinco obras medievales elegidas se deduce que la expresión lingüística del concepto de valor sigue un proceso de evolución ascendente, que dicho proceso está marcado por una suma de factores que van desde la identificación primaria entre lenguaje y crematística, patente en la *apreciatura* cidiana, hasta la igualación metafórica de nombre y valor que domina en las referencias a Beatriz de Suabia. La *apreciatura* cidiana confiere un valor monetario aplicable a la persona y equivale a *precio* –dicha acepción se ha mitigado pero no ha desaparecido en español y no es tan obvia como, por ejemplo, en inglés, lengua en la que la palabra *worth* se aplica tanto a la persona como a los objetos venables– la frase *Walter is worth three million*

dollars and his house is worth one million and a half significa que “La fortuna de Walter está valorada en tres millones de dólares (literalmente: Walter vale tres millones de dólares) y el precio de su casa es un millón y medio de dólares”. Aunque en español sí distinguimos entre valor y precio, esta diferencia léxica no existía en latín; lo cual justifica que la idea original de precio, como equivalente a valor, se mantuviera viva en castellano medieval y sigue latente en español moderno (la casa de Walter “está valorada”, “tiene un precio” o “cuesta” un millón y medio de dólares traduce perfectamente *his house is worth one million and a half*).

La expresión del valor en castellano medieval revela además datos muy importantes sobre los cambios lingüísticos y culturales de la Europa medieval, periodo en el que había una clara conciencia de que el valor atribuido a las lenguas derivadas del latín sobrepasaba el campo teórico de la gramática, lo cual explica el gran impacto que tuvo *De vulgari eloquentia* de Dante Alighieri (c. 1302) en el establecimiento de una norma lingüística *nacional* en distintos países europeos. Un estudio aparte, y que excede los límites de mi monografía, es el tema del nacionalismo lingüístico y las implicaciones de lo que en la historiografía se considera valioso; estas disputas nacionalistas, como apuntó Pierre Bourdieu, giran también en torno al valor del lenguaje. Recordemos apenas que, durante la Edad Media, la noción de valor relacionada con la lengua promovió la búsqueda de prestigio para el castellano amparándose en las lenguas clásicas, pero ya en el siglo XIII, Alfonso X el Sabio se refirió al ideal de lengua local como “castellano drecho”; también en el siglo XIII, Gonzalo de Berceo elogia la claridad y eficacia de la comunicación a través del uso del castellano al que él denomina “román paladino”; en el s. XIV, don Juan Manuel denuncia las erratas y malas copias de textos literarios, pone su empeño en la exactitud de las formas lingüísticas y compara la escritura con otros objetos de valor cuyo precio merma si hay desperfectos en ellos; en el siglo XV, don Íñigo López de Mendoza y Jorge Manrique buscan un ideal de lengua cortesana y sublime a través de la poesía italianizante y de la adaptación de la sintaxis latina; en el XVI, a partir de la edición de 1508 de *Amadís de Gaula*, el lenguaje caballeresco castellano adquiere tal prestigio que, traducido, pasa a ser usado en Francia como modelo de lengua extranjera; y es en los Siglos de Oro cuando se definen los puntos centrales del valor de la lengua española y se llega a un grado más sofisticado en el elo-

gio de las lenguas romances. Durante el Renacimiento y Barroco se disputan no solo los orígenes, sino también el pedigrí del castellano y si este era un “castellano primitivo” o si debía ser clasificado como lengua corrupta, idea que defendían quienes consideraban que esta lengua había nacido de un latín deturpado. Los límites de dicha disputa colindan con la teología, la lingüística, los ideales nacionalistas, lo absurdo y lo maravilloso, y han sido ampliamente documentados por Lucia Binotti¹⁰.

El valor asociado al lenguaje es un tópico que afecta a toda la Romania occidental y conduce a la llamada “batalla del idioma”, cuyo lema puede resumirse en una pregunta doble ¿cuál es la lengua más importante y cuál es la que más vale? Esta disputa literaria comienza en el Renacimiento, cuando, siguiendo el liderazgo de Dante, se publicaron múltiples elogios de la lengua francesa, castellana y portuguesa; en todos ellos, cada contendiente intentó situar a su propia lengua a la cabeza de la lista de las lenguas vulgares. Curiosamente, la primera valoración del castellano está escrita en latín, y se encuentra en la *Chronica Aldefonsi Imperatoris* obra en la que se pondera su musicalidad y resonancia: “illorum lingua resonat quasi tympano tuba”¹¹. Esta breve frase referida al valor estético del castellano abrió el camino para una larga serie de *laudes* escritas en dicha lengua; entre ellas destacan dos obras que se publicaron en fechas muy cercanas a la fundación de la Academia Española de la Lengua (1713): el *Diálogo de la lengua* de Juan de Valdés (c. 1535), publicada en 1736 y las *Observaciones críticas sobre la excelencia de la lengua castellana* (c. 1786) de Antonio de Capmany y Montpalau; más próxima a nuestros días es la *Antología de elogios de la lengua española* de Germán Bleiberg¹². Y la tradición laudatoria continúa viva a ambos lados del Atlántico.

La filosofía del valor que subyace en los textos medievales que veremos aquí se refleja en español de hoy y nos sirve para documentar

¹⁰ Lucia Binotti, *La teoría del “Castellano Primitivo.” Nacionalismo y reflexión lingüística en el Renacimiento español* (Munster: Nodus, 1995).

¹¹ Sánchez Belda, Luis. *Chronica Aldefonsi Imperatoris* (Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Escuela de Estudios Medievales, 1950). 173, v. 136.

¹² Germán Bleiberg, *Antología de elogios de la lengua española* (Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1951).

tanto la historia de la lengua como la historia de los acontecimientos. Por ejemplo, el bimetalismo pecuniario de la Hispania romana favoreció el uso de dos palabras diferentes, ambas derivadas del latín, para referirnos a *dinero* (< lat. *denarius*, ‘moneda de plata’) y a *plata* (< lat. *plattus* ‘lámina, por lo general metálica’), cuyas acepciones respectivas indican que las monedas de plata coexistían con monedas acuñadas en oro y cobre; al contrario que en francés, por ejemplo, lengua en la que se usa una única palabra (*argent*) para referirse al dinero y a la plata ya que las monedas de la Galia eran acuñadas generalmente en plata. Otro ejemplo concreto del cambio de valor asociado con el cambio de los acontecimientos es el significado del verbo *quitar* (< lat. *quietare*), que hoy, aunque no se ha perdido, no lo relacionamos con la paz o la quietud a la que se refería el latín *quietare*, sino con una merma o sustracción (valor negativo, por tanto); sin embargo, la quietud que expresaba el verbo *quietare* está vigente y es clara en el uso cotidiano del verbo *quitar*; con él se expresaba la salida de un lugar y, por tanto, dicho verbo se refiere a una quietud derivada del abandono; es decir, coexisten en él el valor positivo de “paz” y el valor negativo de “abandono”. La valoración negativa del verbo *quitar*, indicando merma y como sinónimo de *abandonar*, es la que queda hoy en la acepción primaria que le damos de dicho verbo (*sustraer*); mientras que la valoración positiva (propia de la *quietud*) apenas se mantiene en el adjetivo *quieto* y en el verbo *quedar*, ambos derivados de *quietare*. Es decir, el cambio semántico de *quitar* implica un cambio de valor en dos sentidos: a) merma o disminución cuantitativa respecto a *quietare*>*quitar* (que ya no lo usamos para designar paz o tranquilidad sino para expresar disminución o merma) y b) restricción de campos semánticos; *quitar* ya no se usa para expresar el abandono o salida de un lugar, que hemos pasado a expresar añadiendo el reflexivo *se* (*quitarse*; como, en “quíatate de ahí”); dicho reflexivo denota el cambio de valor que ha experimentado el verbo original.

En este libro veremos otros muchos ejemplos de cambios semánticos y se plantea una lectura que gira en torno a la letra, a los textos literarios, a su entorno cultural y a su historia. El lector encontrará aquí una reflexión interdisciplinaria sobre la expresión de valor en la literatura medieval castellana que ayuda a comprender la historia social y la historia del pensamiento medieval. Hoy no leemos el *Cantar de mio Cid* como lo hizo su primer editor y gran lector, don Ramón Menéndez Pidal, para quien dicho relato épico era fundamentalmente

un documento histórico. Sin embargo, después de mil años, todavía seguimos estudiando el cantar cidiano, en él seguimos recreando los ojos de la inteligencia, y en él hemos encontrado nuevas formas de dialogar con el pasado que nos permiten entender mejor el presente. Los estudios de Joseph Duggan sobre la economía; los de Eukene Lacarra sobre la filiación regia de Rodrigo Díaz de Vivar; los de Irene Zaderenko sobre las deudas del texto cidiano hacia la *Historia Roderici*; y los de Mercedes Vaquero sobre los vasallos rebeldes nos han forzado a estudiar la épica cidiana bajo una perspectiva pragmática que debemos vincular con la economía y el valor. Lo mismo puede decirse de la novela de caballerías, de la novela sentimental, de los tratados de armas, de los poemas y de las crónicas de donde proceden los datos sobre los personajes tratados en este libro. Los estudios críticos de las últimas décadas han revolucionado nuestra forma de entender la literatura medieval española y han establecido nuevas líneas de trabajo y áreas de investigación a las que el presente volumen intenta contribuir. Mencionar a todos los especialistas que han enriquecido y cambiado nuestro modo de pensar en la Edad Media española requiere más que una nota a pie de página y puede apreciarse con detalle en el *Breve panorama del medievalismo panhispánico* trazado por Ángel Gómez Moreno¹³.

Gran parte del pensamiento medieval se originó *en y por* una actitud nueva ante el lenguaje; el individuo se dio cuenta de que a través de este último podía darle sentido al mundo y ordenarlo en categorías; pero dentro de la Edad Media, el paso de la cultura oral a la escrita es quizá el cambio más dramático y con más consecuencias en la cultura occidental. La escritura afectó profundamente a la acepción de valor, pues al fijar por escrito el valor de algo se amplió el campo semántico de valor. Es decir, parte del significado que originalmente correspondía a *valor* pasó a significar *precio*. Asimismo, los acontecimientos documentados por escrito pasan a “valer más” que los datos pertenecientes a la memoria y a la tradición oral; incluso lo escrito tiene prioridad sobre el testimonio oral en cuanto a la estimación de verdad. La literatura medieval acompaña y es acompañada por la lengua en su formación y ambas mantienen una relación simbiótica referida al concepto de valor. El lenguaje, como vehículo del pensamiento

¹³ Ángel Gómez Moreno (Madrid: Iberoamericana, 2011).

y medio para conocer el mundo, y el modo como llegamos a aceptar los cambios de sentido de las palabras afectan al conocimiento y a la búsqueda intelectual; estos temas les interesaron especialmente a los gramáticos latinos y a los exegetas medievales, quienes buscaban la verdad, la naturaleza de Dios, del hombre y del universo a través de un lenguaje despojado del ropaje retórico o gramatical y apoyado en las etimologías. Había ya entre los escritores y gramáticos medievales una clara conciencia de que las variantes, las metáforas, los dobles sentidos y, en general, todo lo que no fuera una interpretación literal del lenguaje son herramientas a la disposición del hablante y que estas añaden valor a la expresión lingüística.

En resumen: este libro presenta un acercamiento a la escritura medieval como un valor cuya apreciación depende del entorno cultural en el que nace, y cuya herencia crematística sigue reflejada en el español de hoy –no ya con un sentido literal o primario, sino como un conjunto de metáforas lexicalizadas cuyo significado ha cambiado a través de los tiempos–. Esta es una prueba de que los cambios que ha experimentado el castellano desde la Edad Media hasta hoy exigen nuestra reflexión sobre qué es el valor, qué se valora, cómo se manifiesta en la lengua y en la literatura medieval española, cómo afectan las condiciones sociales y las circunstancias históricas a definir los valores y los ideales del héroe épico, del héroe caballeresco, de la ideología religiosa dominante y de la escritura de la historia.